



Seix Barral Los Tres Mundos

Judy Batalion

Hijas de la Resistencia

La historia desconocida de las mujeres
que lucharon contra los nazis

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Light of Days*

© 2020, Judy Batalion

© 2022, Traducción: Aurora Echevarría

© 2022, Editorial Planeta, S. A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Revisión del hebreo: Ana Bejarano Escamilla

© Ilustración de portada: Cristiana Couceiro a partir de las imágenes *Avión Heinkel*, Berliner Verlag / Archiv / picture alliance / Getty Images; *Miembros de las SS (Schutzstaffel)*, Sueddeutsche Zeitung Photo / Alamy / ACI; *Tosia Altman*, cortesía de Moreshet, Hashomer Hatzair Archives; *Chajka Klinger*, cortesía del Ghetto Fighters' House Museum, Photo Archive; *Vladka Meed*, United States Holocaust Memorial Museum, cortesía de Benjamin Miedzyrzecki.

Primera edición impresa en España: enero de 2022

ISBN: 978-84-322-3953-3

Primera edición en formato epub en México: marzo de 2022

ISBN: 978-607-07-8462-0

Primera edición impresa en México: marzo de 2022

ISBN: 978-607-07-8444-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

ÍNDICE

- 15 *Personajes*
- 17 *Mapa de Polonia*
- 19 *Introducción: Mujeres guerreras*
- 29 *Prólogo: Un salto hacia delante: ¿defensa o rescate?*

PRIMERA PARTE LAS CHICAS DEL GUETO

- 39 1. Po-Lin
- 54 2. Del fuego a las brasas
- 59 3. La creación del combate femenino
- 77 4. Ver otro amanecer: el terror en el gueto
- 93 5. El gueto de Varsovia: la educación y la palabra
- 104 6. El paso a la acción: la creación de la ŻOB
- 124 7. Tiempos errantes: de vagabunda a criada
- 143 8. Volverse de piedra
- 150 9. Los cuervos negros
- 170 10. Tres frases en la historia: una Navidad sorpresa en Cracovia
- 186 11. 1943, un nuevo año: minirrebelión en Varsovia

SEGUNDA PARTE
DIABLOS O DIOSAS

- 203 12. Los preparativos
213 13. Las mensajeras
223 14. Dentro de la Gestapo
236 15. El levantamiento del gueto de Varsovia
250 16. Bandidos con trenzas
269 17. Armas, armas, armas
279 18. La horca
287 19. Libertad en los bosques: los partisanos
309 20. *Melinas*, dinero y rescate
322 21. Flor de sangre
332 22. Arde la Jerusalén de Zaglembie

TERCERA PARTE
«NO HAY FRONTERA QUE SE INTERPONGA
EN SU CAMINO»

- 343 23. Dentro y fuera del búnker
364 24. La red de la Gestapo
380 25. El cuco
397 26. ¡Venganza, hermanas!
418 27. La luz de los días
423 28. La gran huida
443 29. «*Zag nit keyn mol az du geyst dem
letstn veg*»

CUARTA PARTE
EL LEGADO EMOCIONAL

- 461 30. El miedo a vivir
485 31. Una fuerza olvidada

503	Epílogo: <i>El judío desaparecido</i>
519	<i>Colofón</i>
525	Nota de la autora: <i>Sobre la investigación</i>
531	<i>Agradecimientos</i>
535	<i>Notas</i>
619	<i>Bibliografía</i>
637	<i>Índice alfabético</i>
677	<i>Sobre la autora</i>

PRIMERA PARTE

LAS CHICAS DEL GUETO

Jóvenes heroicas. [...] Viajan con valentía por las ciudades y pueblos de Polonia. [...] Todos los días se exponen a un peligro mortal. Dependen enteramente de su rostro «ario» o del pañuelo de campesina que llevan en la cabeza. Sin una palabra de queja, sin el más mínimo titubeo, aceptan y llevan a cabo las misiones más peligrosas. ¿Hace falta viajar a Vilna, Białystok, Lemberg,¹ Kovel, Lublin, Częstochowa o Radom para llevar algo prohibido como, por ejemplo, publicaciones ilegales, documentos o dinero? Todas lo hacen como si fuera lo más natural del mundo. ¿Hay que salvar a camaradas en Vilna, Lublin o alguna otra ciudad? Ellas se encargan de la tarea. No hay obstáculos en su camino. Nada las detiene. [...] ¿Cuántas veces han mirado a los ojos a la muerte? ¿Cuántas veces han sido arrestadas, cacheadas? [...] La mujer judía ocupará una hermosa página en la historia de los judíos durante la guerra actual. Y las Chajkas y Frumkas serán las protagonistas de esta historia. Porque estas chicas no conocen el significado de la palabra *descanso*.

EMANUEL RINGELBLUM,
entrada de diario, mayo de 1942²

CAPÍTULO 1

PO-LIN

Renia

OCTUBRE DE 1924

El viernes 10 de octubre de 1924,¹ mientras los judíos de Jędrzejów se preparaban para la víspera del *Sabbat* bajando las persianas de las tiendas, cerrando las cajas registradoras e hirviendo, picando y friendo,² Moshe Kukielka salió con prisa de su almacén. La casa de su familia, en el número 16 de la frondosa calle Klasztorna (Monasterio), era una pequeña estructura de piedra situada a la vuelta de la esquina de una magnífica abadía medieval conocida por su interior turquesa y dorado. Esa noche había más bullicio que de costumbre. A medida que se acercaba la puesta del sol, la luz anaranjada del otoño teñía de rojo los exuberantes valles y las ondulantes colinas de la región de Kielce, el horno de los Kukielka se calentaba, tintineaban las cucharas, silbaba la estufa y, como fondo de las voces en yidis y polaco, se oían las campanas de la iglesia.³ De pronto irrumpió un sonido nuevo: el primer llanto de un bebé.

Moshe y Leah, al igual que sus tres hijos mayores, eran modernos y al mismo tiempo observaban las normas. Cultivaban la cultura polaca y celebraban las tradiciones judías. Moshe solía darse prisa en ir a casa o a una *shtiebel* (casa de oración)

para compartir la comida y las oraciones del *Sabbat*, recorriendo a paso vivo la plaza abierta de la ciudad, con sus hileras de edificios de colores pastel, y cruzándose con comerciantes judíos y campesinos cristianos que vivían y trabajaban puerta con puerta. Esa semana apretó aún más el paso en el frío aire otoñal. Tradicionalmente se encendían velas y el *Sabbat* mismo era recibido como una novia en casa, pero aquel día Moshe tenía un invitado nuevo. Uno aún mejor.

Y entonces llegó y la vio: su tercera hija, que inmediatamente se convirtió en la niña de sus penetrantes ojos. Rivka, en hebreo, un nombre cuyas raíces tienen varios significados, entre ellos «conexión», «unión» e incluso «cautivador». En la Biblia, Rebeca era una de las cuatro matriarcas del pueblo judío. Por supuesto, en esa familia parcialmente asimilada, el bebé también tenía un nombre polaco: Renia. El apellido Kukielka se parece al polaco Kukielo, el de la familia que durante generaciones había regentado la funeraria del barrio.⁴ Los judíos a menudo inventaban apellidos añadiendo a uno polaco ya existente un sufijo atractivo como *-ka*. *Kukielka* significa «marioneta».

Era 1924, justo un año después de que la comunidad internacional reconociera por fin la nueva Polonia y quedaran establecidos sus límites tras años de ocupación, partición y fronteras en constante cambio. (Según cuenta un viejo chiste judío, un hombre pregunta si su ciudad se encuentra ahora en territorio polaco o soviético. Le contestan: «Este año estamos en Polonia». «¡Gracias a Dios! —exclama el hombre—. No podría soportar otro invierno ruso.») La economía se mantenía a flote y, aunque la mayoría de los judíos de Jędrzejów vivía por debajo del umbral de la pobreza, Moshe había prosperado como pequeño hombre de negocios con una mercería donde vendía botones, telas y artículos de costura. Había sacado adelante a una familia de clase media y la había iniciado en la música y la literatura. En su mesa de *Sabbat*, puesta esa semana por las dos hijas mayores de los Kukielka y otras parientes mientras Leah se ocupaba en algo distinto,⁵ se servían los manjares

del día que Moshe podía permitirse pagar:⁶ licor dulce, pastel de jengibre, hígado picado con cebolla, *cholent* (una sopa de frijoles y carne cocida a fuego lento), *kugel* de papa y fideos dulces, compota de ciruelas y manzanas, y té. El pescado *gefilte* de Leah, que se servía la mayoría de los viernes, se convertiría en el plato favorito de Renia. Esa semana la comida fue, sin duda, especialmente festiva.

En ocasiones, los rasgos de la personalidad se aprecian, de forma inconfundible incluso, en las primeras horas de vida; la psicología se lleva estampada en el alma. Es posible que Moshe supiera cuando abrazó por primera vez a su hija, infundiéndole su gentileza, inteligencia y sagacidad, que su temple la llevaría a emprender viajes que en 1924 uno apenas podía imaginar. Es posible que supiera entonces que su pequeña Renia, con sus grandes ojos verdes, cabello castaño claro y rostro delicado, su pequeña y cautivadora marioneta, había nacido para actuar.



Jędrzejów era un *shtetl*, palabra yidis que significa «pequeña ciudad» y que en Polonia se utilizaba para referirse a los pueblos de mercado y con una importante población judía.⁷ El nacimiento de Renia sumó un judío a los cuatro mil quinientos que había en el pueblo, que constituían casi el 45 por ciento de la población total. (Sus hermanos pequeños, Aaron, Esther y Yaacov, o el pequeño Yankel, pronto sumarían tres más.)⁸ La comunidad judía establecida en la década de 1860, fecha en que finalmente se permitió a los judíos asentarse en la región, era en gran medida pobre. La mayoría eran vendedores ambulantes y de baratijas, así como propietarios de pequeños negocios con tiendas en la plaza del mercado o en los alrededores. El resto eran, sobre todo, artesanos: zapateros, panaderos, carpinteros. Jędrzejów no era tan moderno como Będzin, que colindaba con Alemania y Occidente, pero incluso allí había un reducido número de lugareños judíos de élite

que eran médicos, profesionales de servicios médicos de urgencias y maestros; también había un juez judío. Aproximadamente un 10 por ciento de los judíos del pueblo eran ricos y tenían aserraderos, molinos de harina y talleres mecánicos, así como propiedades en la plaza principal.

Como en el resto de Polonia, la cultura judía moderna floreció en la década de 1930 a medida que Renia crecía. En aquella época había en Varsovia la asombrosa cifra de 180 periódicos judíos: 130 en yidis, 25 en hebreo y 25 en polaco.⁹ En consecuencia, por la oficina de correos de Jędrzejów pasaban decenas de suscripciones de revistas. La población judía local aumentó. Se abrieron diferentes casas de oración para adaptarse a las distintas ramas del judaísmo. Incluso en esa pequeña ciudad se abrieron tres librerías, una editorial y bibliotecas judías; proliferaron los grupos de teatro y los recitales literarios; los partidos políticos prosperaron.

El padre de Renia estaba comprometido con la educación judía y apoyaba causas benéficas, dando de comer a los pobres, atendiendo a los difuntos por medio de la asociación funeraria *Jevra Kadisha* y siendo solista del coro. Votaba por los sionistas. Los sionistas religiosos seguían los ideales decimonónicos del escritor Theodor Herzl, y creían que una existencia judía auténtica y abierta solo podía lograrse en una patria como Palestina, donde los judíos eran ciudadanos de primera clase. Polonia podía haber sido su hogar durante siglos, pero era temporal. Moshe soñaba con trasladar algún día a su familia a «la tierra prometida».

Los partidos políticos organizaban conferencias y manifestaciones. Podemos imaginar a Renia acompañando a su querido y barbudo padre a una de las grandes y cada vez más populares reuniones sionistas, como una charla sobre «La lucha por una Palestina judía» que se celebró el 18 de mayo de 1937.¹⁰ Vestida con su traje «marinero» blanco y azul de colegiala polaca, falda plisada y calcetas hasta las rodillas,¹¹ y siempre amante de los paseos,¹² Renia tomó la mano de Moshe mientras pasaban por delante de las dos nuevas bibliotecas sionistas

para dirigirse a la animada reunión, donde cientos de judíos debatían y discutían, exasperados por cuestiones relativas al sentimiento de pertenencia. Si los polacos negociaban su nueva identidad en su patria recién estabilizada, los judíos hacían otro tanto. ¿Cómo encajaban ellos en ese país nuevo, un lugar donde habían vivido de forma continuada durante más de mil años, pero donde nunca se les había considerado realmente polacos? ¿Qué eran primero, polacos o judíos? La cuestión moderna de la identidad de la diáspora se hallaba en un punto álgido, especialmente a raíz del rápido aumento del antisemitismo.



Moshe y Leah Kukielka valoraban mucho la educación. El país vio una afluencia masiva de escuelas judías: escuelas hebreas seculares, escuelas de enseñanza superior yidis, escuelas religiosas de un solo sexo. De los cuatrocientos niños judíos de Jędrzejów, cien estudiaban en una escuela benéfica Talmud Torá, una guardería judía o la filial local de la escuela primaria Beit Yaakov para niñas, donde las alumnas iban con manga larga y medias.¹³ Por razones de proximidad, y porque la educación religiosa era cara y a menudo se reservaba solo para los varones, Renia asistió, como muchas niñas judías, a la escuela pública polaca.¹⁴

No importaba. Fue la primera de su clase de treinta y cinco alumnos. Tenía amigos católicos, sobre todo, y hablaba polaco con fluidez en el patio de la escuela. Sin que ella lo supiera en ese momento, esa inmersión cultural, que incluía su capacidad para bromear en el idioma nacional sin acento judío, fue lo más crucial de su entrenamiento para la Resistencia. Pero, si bien Renia sobresalía y se adaptó, nunca estuvo completamente integrada. En una ceremonia en que la llamaron para otorgarle un premio académico, una compañera de clase le arrojó una caja de lápices a la frente, lo que le dejó una huella permanente, de forma literal.¹⁵ Entonces ¿estaba den-

tro o fuera? Ella personalmente eludía el escollo de siglos de antigüedad: la cuestión de la «identidad judía polaca».

Desde su fundación, Polonia estaba evolucionando.¹⁶ Con unos límites geográficos en constante cambio, su composición étnica variaba a medida que se incorporaban a sus fronteras nuevas comunidades. Los judíos de la Edad Media emigraron a Polonia porque era un refugio seguro frente a Europa Occidental, donde los perseguían para expulsarlos. Al llegar a esa tierra de tolerancia y oportunidades económicas se sintieron aliviados. El nombre de «Polin», como se llamaba el país en hebreo, se compone de «Po» y «Lin», y significa «Aquí nos quedamos». Polin ofrecía unas relativas libertad y seguridad. Un futuro.

En una moneda de comienzos del siglo XIII, expuesta en el Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos de Varsovia, se ven unas letras hebreas. Los judíos de habla yidis ya constituían una gran minoría, esencial para la economía de Polonia, y trabajaban como banqueros, panaderos y alguaciles. Polonia en sus inicios era una república, su Constitución se ratificó casi al mismo tiempo que la de Estados Unidos.¹⁷ El poder del monarca estaba restringido por un Parlamento elegido por la pequeña nobleza. Entre las comunidades judías y los nobles había acuerdos mutuos: la nobleza protegía a los judíos que se establecían en sus pueblos y les daba autonomía y libertad religiosa; a cambio, los judíos pagaban impuestos elevados y realizaban actividades económicas que estaban prohibidas para los polacos cristianos, como prestar y pedir prestado capital con intereses.

La Confederación de Varsovia de 1573 fue el primer documento que estableció jurídicamente la tolerancia religiosa en Europa. No obstante, por más que los judíos estuvieran oficialmente integrados en la cultura polaca y compartieran filosofías, folklore y estilos de vestir, gastronomía y música, también se sentían diferentes y amenazados. A muchos polacos les molestaba la libertad económica de los judíos. Los judíos subarrendaban pueblos enteros a los nobles, y a los siervos polacos

les daba rabia estar bajo el dominio de terratenientes judíos. Algunos líderes religiosos de la comunidad difundieron el odio-so y absurdo rumor de que los judíos asesinaban a los cristia-nos, especialmente a los bebés, para usar su sangre en rituales religiosos. Eso dio pie a ataques contra los judíos, con perío-dos intermitentes de asesinatos y disturbios a gran escala. La comunidad judía se unió mucho y buscó fuerzas en sus cos-tumbres. Entre los judíos y los polacos había un «estira y aflo-ja», y sus culturas se desarrollaron en mutua dependencia. Tomemos, por ejemplo, la *jalá* trenzada, el pan blando elabo-rado con huevos, símbolo sagrado del *Sabbat* judío. Este pan es semejante al *chalka* polaco y el *kalach* ucraniano, pero es imposible saber qué versión fue la primera. Las tradiciones se desarrollaron simultáneamente, y las sociedades se entremez-claron, unidas bajo un brillo (agri)dulce.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII Polonia se desinte-gró. Con un Gobierno inestable, el país fue invadido simultá-neamente por Prusia, Austria y Rusia, y dividido en tres par-tes, cada una de ellas gobernada por un ocupante que impuso sus propias costumbres. Los polacos permanecieron unidos por un anhelo nacionalista y mantuvieron su idioma y su literatura. Los judíos polacos cambiaron bajo sus ocupantes: los gober-nados por prusianos aprendieron el idioma sajón y se convir-tieron en una clase media culta, mientras que los gobernados por austriacos (Galitzia) sufrieron una pobreza terrible. La ma-yoría de los judíos acabó siendo gobernada por Rusia, un im-perio que impuso decretos económicos y religiosos sobre una población que era en gran medida de clase trabajadora. Las fronteras también cambiaron. Por ejemplo, Jędrzejów pertene-ció primero a Galitzia y luego pasó a manos de Rusia. Los ju-díos se pusieron nerviosos, sobre todo por el aspecto económi-co, ya que las leyes cambiantes afectaban sus medios de vida.

Durante la Primera Guerra Mundial, los tres invasores de Polonia lucharon entre sí en su propio terreno. A pesar de los cientos de miles de vidas perdidas y de una economía diezma-da, Polonia salió victoriosa: se estableció la Segunda Repúbli-

ca. La Polonia unida necesitaba reconstruir sus ciudades y su identidad. El panorama político se dividió, y el anhelo nacionalista consolidado hacía tiempo se expresó de formas contradictorias. Por un lado, estaban los monárquicos nostálgicos que pedían restablecer la nación pluralista de antaño: Polonia como un Estado de naciones. (Cuatro de cada diez ciudadanos del nuevo país formaba parte de una minoría.) El resto, sin embargo, se imaginaba Polonia como un Estado nación, una nación étnica. Creció rápidamente un movimiento nacionalista que abogaba por la raza pura polaca. Toda la plataforma de ese partido estaba interesada en calumniar a los judíos polacos,¹⁸ a quienes culpaba de la pobreza y los problemas políticos del país. Polonia nunca se había recuperado de la Primera Guerra Mundial ni de sus conflictos posteriores con sus vecinos; los judíos fueron acusados de ponerse del lado del enemigo. Este partido de derecha promovió una nueva identidad polaca que se definía específicamente como «no judía». De nada les sirvió llevar generaciones asentados allí, por no hablar de la igualdad formal de derechos. Según la teoría racial nazi que ese partido adoptó atolondradamente, un judío nunca podría ser un polaco.

El Gobierno Central instituyó una ley de descanso en domingo y discriminó a los judíos en las políticas públicas de empleo, pero su liderazgo era inestable. Apenas unos años más tarde, tras el golpe de Estado de 1926, Polonia cayó en manos de Józef Piłsudski, una singular mezcla de monárquico y socialista. El exgeneral y estadista defendió una tierra multiétnica y, aunque no ayudó particularmente a los judíos, ellos se sintieron más seguros bajo su régimen semiautoritario que con el Gobierno representativo.

Sin embargo, Piłsudski tenía muchos adversarios y, tras su muerte en 1935, año en que Renia cumplió once, los nacionalistas de derecha se hicieron fácilmente del poder. Su Gobierno se opuso a la violencia directa y a los pogromos (que ocurrieron de todos modos), pero alentó los boicots a las empresas judías. La Iglesia condenó el racismo nazi, pero pro-

movió el sentimiento antijudío. En las universidades, los estudiantes polacos defendieron la ideología racial de Hitler. Entraron en vigor las cuotas étnicas, y los estudiantes judíos se vieron arrinconados en «bancos segregados» al fondo de las salas de conferencias. Irónicamente, la educación de los judíos era más tradicionalmente polaca que la de cualquier otro grupo, y muchos de ellos hablaban polaco (en ocasiones exclusivamente) y leían periódicos judíos en polaco.

Incluso en la pequeña ciudad de Jędrzejów se observó durante la década de 1930 un creciente antisemitismo,¹⁹ que iba desde insultos raciales hasta boicots a negocios, destrucción de escaparates e instigación de peleas. Renia pasó muchas tardes mirando por la ventana en actitud vigilante, temiendo que los vándalos antijudíos prendieran fuego a su casa e hicieran daño a sus padres, de quienes siempre se sentía responsable.

El famoso dúo de humoristas yidis Dzigan y Schumacher,²⁰ que tenían su propia compañía de cabaret en Varsovia, empezaron a investigar el antisemitismo sobre el escenario. En su *sketch* inquietantemente profético «El último judío en Polonia»,²¹ retrataban un país que de repente extrañaba a sus judíos, y entraba en pánico al ver diezmadas su economía y su cultura. A pesar de la creciente intolerancia, o tal vez movidos por la inquietud y la esperanza, los judíos experimentaron una edad de oro de creatividad en la literatura, la poesía, el teatro, la filosofía, la acción social, los estudios religiosos y la educación, y de todo ello disfrutaba la familia Kukielka.

La comunidad judía de Polonia estaba representada por multitud de opiniones políticas, y cada una daba una respuesta a esa crisis xenófoba. Los sionistas habían perdido la paciencia, pues se sentían ciudadanos de segunda, y Renia oía a menudo a su padre hablar de la necesidad de trasladarse a una patria judía donde los judíos pudieran desarrollarse como personas, sin estar vinculados por la clase social o la religión. Dirigidos por intelectuales carismáticos que defendían el idioma hebreo, los sionistas discrepaban profundamente de los otros

partidos. El partido religioso, comprometido con Polonia, defendía una menor discriminación y que los judíos fueran tratados como cualquier otro ciudadano. Muchas personas comunistas, así como de las clases altas, apoyaban la asimilación. Con el tiempo, el partido más grande fue el Bund, un grupo socialista de clase obrera que promovía la cultura judía.²² Los bundistas eran los más optimistas, y esperaban que los polacos se serenaran y comprendieran que el antisemitismo no iba a resolver los problemas del país. El Bund diaspórico insistía en que Polonia era el hogar de los judíos, y que debían quedarse exactamente donde estaban, seguir hablando yidis y exigir el lugar en la sociedad que les correspondía. El Bund creó unidades de autodefensa con la intención de no moverse de allí. «El lugar donde vivimos, ese es nuestro país.» *Po-lin*.

Luchar o huir. El eterno dilema.



Es probable que, ya en la primera adolescencia, Renia acompañara a su hermana mayor, Sarah, a actividades de grupo juveniles.²³ Nacida en 1915, Sarah era nueve años mayor que Renia y una de sus heroínas. Con sus ojos penetrantes y unos labios delicados en los que siempre se insinuaba una sonrisa, era la intelectual omnisciente, la bienhechora perspicaz cuya autoridad sencillamente se hacía notar. Uno puede imaginarse a las hermanas caminando a buen ritmo una al lado de la otra, pura energía y sentido del deber, las dos vestidas según la moda del momento: boinas, *blazers* entallados, faldas plisadas hasta la espinilla y el cabello corto pulcramente recogido con pasadores. Renia, como amante de la moda, habría ido combinada de la cabeza a los pies, algo que siguió haciendo toda su vida. El estilo de entreguerras en Polonia, influido por el movimiento de emancipación de las mujeres y la moda parisina, dejó de lado las joyas, los encajes y las plumas para centrarse en los cortes simples y la comodidad. El maquillaje era atrevido, con sombra de ojos oscura y labial carmesí, y los

peinados y las faldas se acortaron. («¡Se veía el zapato entero!», escribió un escritor satírico de la época.)²⁴ En una foto de Sarah tomada en la década de 1930²⁵ llevaba unos zapatos de tacón bajo y grueso que le permitían caminar con paso firme, un requisito en esa época en que las mujeres eran muy andariegas y recorrían a pie largas distancias para ir al trabajo o la escuela. Las cabezas sin duda se volteaban cuando las hermanas entraban en la sala de reuniones.

En las décadas transcurridas entre las guerras mundiales, el antisemitismo y la pobreza crecientes provocaron en los jóvenes judíos polacos una depresión colectiva.²⁶ Se sentían distanciados de su país, con un futuro incierto en comparación con el de sus antepasados. No se les permitía unirse a los *boy scouts* polacos por ser judíos, por lo que cien mil se unieron a grupos de jóvenes judíos afiliados a los distintos partidos políticos.²⁷ Esos grupos les proporcionaban un camino existencial y esperanza para el futuro. Los jóvenes judíos de Jędrzejów participaron en un mundo de movimientos juveniles activos. En algunas fotografías²⁸ visten de colores oscuros y se hacen pasar por intelectuales serios, con los brazos cruzados; en otras, están de pie al aire libre en campos abiertos con un rastrillo en las manos, los músculos flexionados, bronceados y llenos de vitalidad.

Sarah era sionista como su padre, pero, a diferencia de él, pertenecía a Libertad, un grupo de sionistas laboristas socialistas y seculares.²⁹ Los sionistas laboristas, que eran personas sobre todo de clase media y de mucho mundo, esperaban una patria en la que vivirían en cooperativas, hablarían en hebreo y tendrían un sentido de pertenencia. Si bien promovían la lectura y el debate, también valoraban mucho la faceta física como una forma de denunciar el mito del judío perezoso e intelectual y de fomentar la acción personal. Dedicarse al trabajo manual y contribuir a los recursos del grupo eran de primordial importancia. Idealizaban el trabajo de la tierra; la autosuficiencia agrícola iba de la mano de la independencia comunitaria y personal.

Había varios grupos juveniles sionistas laboristas —unos más intelectuales o seculares, otros dedicados a la beneficencia, la defensa o el pluralismo—, pero todos aceptaban los valores tradicionales polacos del nacionalismo, el heroísmo y el sacrificio individual, y los enmarcaban en un contexto judío. Libertad estaba centrado en la acción social y únicamente atraía a miembros de la clase obrera de habla yidis. El grupo abrió campamentos de verano, campos de entrenamiento (*hajshará*) y granjas comunales (*kibutz*) como una forma de preparar a los jóvenes para emigrar, instruyéndolos en el trabajo arduo y la vida cooperativa, a menudo para consternación de sus padres. Moshe se quejaba de que Libertad era demasiado emancipado e insuficientemente elitista, pero también de que daba prioridad a los «camaradas» sobre la familia biológica, presentando a sus líderes como modelos a seguir, casi como padres sustitutos. A diferencia de los *scouts* u otras organizaciones deportivas, esos movimientos juveniles abarcaban todas las facetas de la vida de sus miembros; eran campos de entrenamiento físico, emocional y espiritual. Los jóvenes se definían a sí mismos en función de su grupo.³⁰

Sarah defendía la igualdad social y la justicia, y estaba especialmente interesada en atender a los niños. En el museo Casa de los Combatientes de los Guetos hay varias fotos de ella del año 1937 en un campo de entrenamiento de la ciudad de Poznań, a trescientos veinte kilómetros de Jędrzejów. En una se le ve de pie delante de una estatua, con un traje entallado, cuello alto y un sombrero un poco ladeado; tiene un libro en las manos, y una expresión seria y resuelta. El mundo moderno era suyo para disfrutarlo.

Las mujeres en Polonia desempeñaban roles tanto tradicionales como progresistas, impulsadas por una filosofía educativa positivista y por la Primera Guerra Mundial, que las había empujado a buscar empleo. En la nueva república, la enseñanza primaria era obligatoria incluso para las niñas. Las universidades estaban abiertas a las mujeres. En 1918 se aprobó el sufragio femenino,³¹ antes que en la mayoría de los países occidentales.

En Europa occidental, las familias judías eran sobre todo de clase media y estaban regidas por costumbres burguesas más generales que relegaban a las mujeres al ámbito doméstico. Pero en la Europa del Este, la mayoría de los judíos eran pobres y las mujeres trabajaban fuera de casa por necesidad, especialmente en los círculos religiosos, donde se veía con buenos ojos que los hombres estudiaran en lugar de trabajar. Las mujeres judías estaban inmersas en la esfera pública: en 1931, el 44.5 por ciento de la población judía asalariada lo constituían mujeres, aunque ellas ganaban menos que los hombres. El promedio de edad para casarse se retrasó hasta los veintimuchos o incluso los treinta, en gran parte debido a la pobreza. Eso dio lugar a una disminución de la fertilidad y, en consecuencia, a la incorporación de la mujer al mercado laboral. De hecho, el equilibrio entre la vida personal y el trabajo se parecía hasta cierto punto a las normas modernas de género.

Siglos atrás se había concedido a las mujeres judías «el derecho a saber».³² A partir de la invención de la imprenta proliferaron los libros en yidis y hebreo para el público femenino; se permitió a las mujeres asistir a los servicios y, en la nueva arquitectura de la sinagoga, había un anexo femenino. Había judías poetisas, novelistas, periodistas, comerciantes, abogadas, médicas y dentistas. En las universidades, un porcentaje elevado del alumnado eran jóvenes judías que se inscribían sobre todo en programas de humanidades y ciencias.

Los partidos sionistas no eran ni mucho menos «feministas» —por ejemplo, las mujeres no ocupaban cargos públicos—,³³ pero en el ámbito de la juventud socialista las mujeres jóvenes disfrutaban de cierto grado de paridad.³⁴ Un grupo juvenil llamado La Joven Guardia, al que pertenecía el hermano mayor de Renia, Zvi, introdujo la idea de «grupo íntimo», con una estructura de liderazgo doble. Cada sección la dirigían un hombre y una mujer. El «padre» era el responsable del aprendizaje, y la «madre», la que se ocupaba de todo lo emocional; ambos eran igual de poderosos y se complementaban. En este modelo familiar, «sus hijos» eran como hermanos.

Esos grupos estudiaban a Karl Marx y Sigmund Freud, así como a mujeres revolucionarias como Rosa Luxemburgo y Emma Goldman. Defendían explícitamente el debate emocional y el análisis de las relaciones interpersonales. La mayoría de los miembros se hallaba al final de la adolescencia, una edad en que muchas mujeres son más maduras que los hombres y, en consecuencia, se convertían en organizadoras. Las mujeres encabezaban el entrenamiento de defensa personal; se les enseñaba a estar concienciadas desde el punto de vista social, a tener dominio de sí mismas y a ser fuertes. La Unión Pionera (*Hejalutz*), una organización paraguas que aglutinaba a varios grupos juveniles sionistas y promovía la formación agraria para una vida pionera en Palestina, tenía un plan B de emergencia en caso de que el ejército polaco llamara a los hombres a filas, dejando solo a mujeres a cargo. En innumerables fotos de la década de 1930 aparecen jóvenes de ambos sexos juntos, vestidos igual con abrigos oscuros y cinturones, o con ropa de trabajo y pantalones; como ellos, ellas sostienen en alto las guadañas a modo de trofeos y esgrimen las hoces como espadas, preparándose para una vida de duro trabajo físico.

Sarah era una sionista laborista devota. Bela, la hermana que había entre Renia y ella, se unió también a Libertad, y Zvi hablaba hebreo con fluidez. Renia, que aún no tenía edad para enrolarse, pasó su primera adolescencia absorbiendo el entusiasmo de sus hermanos; uno se la imagina asistiendo a reuniones, juegos deportivos y festividades, la hermanita que los seguía a todas partes con los ojos muy abiertos.

En 1938 Renia tenía catorce años y estaba terminando la escuela primaria. Un reducido grupo de estudiantes judíos asistía al Instituto Coeducacional del distrito de Jędrzejów, pero ella no pudo. A veces culpaba de ello al antisemitismo; otras veces, explicaba que había necesitado ganar dinero en lugar de continuar sus estudios.³⁵ En muchas memorias de mujeres jóvenes de la época se lee sobre sus ambiciones de ser enfermeras e incluso médicas,³⁶ pero el entorno más tradicional de Jędrzejów o las apremiantes necesidades económicas de Renia

la llevaron a hacer carrera de secretaria. Se apuntó a un curso de taquigrafía con la esperanza de emprender una vida de oficinista. Poco podía saber que pronto aceptaría una clase de trabajo bastante diferente.



Todos los grupos juveniles organizaban actividades de verano. En agosto de 1939 los jóvenes sionistas laboristas se juntaron en campamentos y talleres donde bailaron y cantaron, estudiaron y leyeron, practicaron deportes, durmieron al raso y realizaron innumerables seminarios. Debatieron sobre el reciente Libro Blanco británico por el que se había restringido la inmigración judía a Palestina, y consideraron formas de desplazamiento, desesperados por continuar trabajando por sus ideales colectivos para salvar el mundo. Al finalizar los programas de verano, el 1 de septiembre los jóvenes acababan de volver a sus casas y estaban atravesando un periodo de transición entre la familia elegida y la biológica, el verano y la escuela, el verde y el ocre, la brisa cálida y el frío, el campo y la ciudad.

Por otra parte, aquel fue el día que Hitler invadió Polonia.